

Entre letras y voces: el Romancero tradicional americano

BEATRIZ MARISCAL
El Colegio de México

Resumen

En contraste con la tradición romancística española, la mayor parte de los textos que conforman la tradición americana, si bien han participado en procesos de transmisión oral trans-generacional, suele tener como origen libros, hojas volantes o pliegos de cordel, ya que la importación de romances a tierras americanas tanto durante el período virreinal como en siglos posteriores se llevó a cabo, fundamentalmente, por medios impresos y no orales. Este trabajo trata de la importancia que ha tenido la letra impresa lo mismo en el desarrollo general del romancero americano que en la determinación de los repertorios nacionales.

Abstract

Due to the fact that both during the colonial period and in post-colonial times, most romance texts were brought into the New World in printed form, even those texts that have participated in trans-generational oral transmission, in contrast with those collected from the Spanish oral tradition, have books, leaflets or chap-books as their principal source of origin. This article deals with the importance of the printed word in the development of the American Romancero tradition.

El descubrimiento y conquista militar del Nuevo Mundo por parte de los españoles se llevó a cabo, como es bien sabido, en un período relativamente corto que culmina con el establecimiento de un sistema político colonial, dependiente de la metrópoli, en casi la totalidad del territorio ame-

ricano. Lo que no había de resultar tan expedita fue la imposición de la ideología en que se apoyaba el imperio español, tarea a la que debía contribuir, como bien lo señalara Antonio de Nebrija, la unificación lingüística. En la conquista de los pueblos americanos, declaraba Nebrija en el prólogo a su *Gramática de la lengua castellana*, se requería una lengua codificada por y para la escritura a fin de poder imponer «las leies quel vencedor pone al vencido».

Ni la lengua ni la religión española pudieron imponerse fácilmente a los naturales. Basta un rápido repaso de las políticas lingüísticas españolas, decretadas a lo largo del virreinato, y del número de lenguas indígenas que sobreviven ahora que se inicia el siglo XXI, así como los registros de juicios inquisitoriales por hechicería en contra de los indios mexicanos —no era posible entablar juicios por herejía en contra de ellos¹—, que se dan hasta el momento mismo en que es desmantelado el aparato inquisitorial a principios del siglo XIX, para darse cuenta de las dificultades con que se topó ese proyecto. Ello no obstante, lengua y religión fueron, desde sus inicios, elementos culturales dominantes en la organización colonial.

A América llegaron, junto con la lengua, modelos y formas literarias pertenecientes a la llamada alta cultura, los cuales, gracias sobre todo al sistema de educación que se impuso lo mismo a los indígenas que a criollos y mestizos, determinaron el desarrollo de las prácticas literarias en las colonias. Pero también llegaron géneros literarios de base oral, pertenecientes a la cultura popular; tal es el caso del Romancero, que a pesar de ser considerado por escritores como el Marqués de Santillana poesía que no podía alegrar más que a gente de «baxa y servil condición», gozó de gran aceptación en la España de los siglos XV al XVII, tanto entre las clases dominantes como entre el pueblo iletrado. Un género literario que aparece integrado al discurso mismo de los conquistadores².

El Romancero se trasladó al Nuevo Mundo en la memoria de los primeros españoles que llegaron a su suelo, pero esa importación inicial no parece haber dejado mayor huella, siendo muy escasos los romances «vie-

¹ En Nueva España, cuando el Arzobispo Montúfar sucede en 1554 a Fray Juan de Zumárraga, se adopta esta exclusión, pasando sus casos al brazo secular. De todos modos, la disposición no los eximía de ser juzgados por «hechicería».

² Bernal Díaz del Castillo se encarga de registrarlos en su *Conquista de Nueva España*. Biblioteca de Autores Españoles, t. XXVI.

jos» de tema épico o histórico que se han recogido de la tradición oral americana, a pesar de que eran esos los romances que citaban los conquistadores. Una de las razones aducidas por Menéndez Pidal para que el Romancero tradicional de base histórica no hubiera echado raíces en suelo americano, habría sido la escasa participación de mujeres españolas en la conquista y primera colonización de las Américas, siendo que son ellas las principales depositarias del saber tradicional³. El temperamento mismo de los americanos sería otra de las causas del desinterés por la poesía narrativa⁴.

Además de las consideraciones anteriores, el hecho de que los indígenas que recibieron esa tradición española de base oral tuvieran tradiciones propias, también de base oral, constituye, en mi opinión, un elemento de importancia en el desarrollo de la tradición romancística española en América. Para los naturales, los productos culturales españoles eran, antes que nada, productos importados; que tuvieran una base oral o escrita sería secundario. De ahí que en su adopción de las formas literarias importadas, el binomio escritura/oralidad constituyera más que una oposición, un sistema complementario.

Por otra parte, desde épocas muy tempranas surgieron en los virreinos americanos núcleos de indígenas letrados capaces de manejar los discursos europeos, mismos que utilizaron con propósitos propios de comunicación. Uno de los géneros discursivos adoptados más ampliamente fue el romance, tanto en su vertiente «tradicional», como en su vertiente «popular» (de la que derivó un género de gran arraigo como es el corrido), como en su vertiente «culto». Desde que llegó con los primeros españoles que vinieron a sus tierras, el romance no ha dejado de ser preferido en América como forma de expresión de hechos y de sentimientos⁵.

La importación de romances que da lugar a la tradición americana se hace a todo lo largo del período virreinal, e inclusive en siglos posteriores, por medios no tanto orales como impresos, lo que comprueba el volumen

³ Vid. Ramón Menéndez Pidal, «Los romances tradicionales en América» en *Cultura Española*, n.º 1, febrero de 1906, págs. 72-111.

⁴ Vid. Carolina Poncet, «El romance en Cuba» en *Investigaciones y apuntes literarios*, La Habana, El Siglo XX, 1914.

⁵ Cuando en 1740 el cacique zapoteco Patricio López se dirige al recién llegado Virrey Pedro de Castro y Figueroa, para abogar por los indios oaxaqueños, utiliza el romance como vehículo de su apología. Actualmente preparo con Enrique Flores la edición de la obra de Patricio López para la «Biblioteca Novohispana» de El Colegio de México.

tan grande de romanceros y pliegos sueltos que se reciben en Nueva España a partir de los siglos XVI y XVII⁶, y la importante representación de textos de origen escrito que comprenden las tradiciones americanas.

Podemos decir que si hay algo que caracteriza de manera particular a la tradición romancística americana es que los textos que la conforman tienen una base más bien escrita que oral, lo que la separa de otras ramas de la tradición pan-hispánica.

En su estudio pionero sobre la tradición americana «Los romances tradicionales en América» (1906), Ramón Menéndez Pidal señalaba que la recitación de memoria de versiones de romances de tradición escrita era mucho más común en América que en España, un hecho que no impidió, claro está, que se diera una tradición de base oral. A la importación «directa» llevada a cabo por inmigrantes, comerciantes y viajeros que han continuado trasladándose de la península Ibérica a diversos puntos de las ya de siglos emancipadas colonias, hay que agregar la «indirecta», que ha tenido lugar con el intercambio cultural que se da, tanto en el período colonial como en el actual, entre las diferentes naciones americanas.

Por lo anterior, en contraste con la tradición romancística española en la que podemos segregar la tradición constituida por textos «patrimoniales», provenientes de la tradición oral y representativos de una zona determinada, de aquella que proviene de textos de origen letrado, algunos de ellos aún en proceso de tradicionalización, en América hay que tomar en cuenta que a pesar de que los textos se registren de la tradición oral y de labios de hombres y mujeres analfabetos, provienen, la más de las veces, de textos de origen letrado, lo mismo culto que popular.

Si hacemos un repaso de las principales colecciones americanas de romances, podemos constatar que éstas comprenden lo mismo romances de origen trovadoresco, que romances eruditos, o provenientes de otras tradiciones baladísticas europeas, además de otros compuestos en pleno siglo XIX. Lo más frecuente, subrayo, es que la mayor parte de los textos que han sido registrados de la tradición oral americana, si bien ha participado en procesos de transmisión oral trans-generacional, suele tener como origen libros, hojas volantes, pliegos de cordel o emisiones radiofónicas; es decir, tiene

⁶ Vid. Leonard Irving. *Los libros del conquistador*. México. Fondo de Cultura Económica. 1953.

orígenes no tradicionales. De ahí que en los repertorios americanos sea muy difícil y, en mi opinión, excesivamente limitante, establecer fronteras tajantes entre romances de tradición oral y romances de origen «letrado».

No cabe en este espacio comentar otras características particulares de la tradición romancística americana, que incluyen variaciones léxicas y sintácticas correspondientes a las prácticas lingüísticas de los diversos pueblos americanos, así como desarrollos particulares de diferentes temas romancísticos y la utilización «infantil» de numerosos temas. Mi propósito en este breve trabajo es apuntar a la importancia que ha tenido la letra impresa tanto en el desarrollo general del romancero americano, como en la determinación de los repertorios nacionales.

Algunos ejemplos arrojarán mayor luz sobre esta particularidad del romancero americano.

El interés por el romancero viejo de temas históricos, por parte de los estudiosos del tema, los animó a buscarlo en la tradición americana. La noticia de que Rufino José Cuervo había escuchado en 1874 de boca de un campesino andino romances de *Bernardo del Carpio* y de los *Infantes de Lara*, aunada al envío, en 1904, de un fragmento del romance de *Bernardo del Carpio*, «Antes que barbas tuviese», recogido en Bogotá por fray Pedro Fabo, de boca de un artesano, picó la curiosidad de Menéndez Pidal, según sus propias palabras, y lo llevó a buscar mayores vestigios de esos romances en tierras americanas. Los romances mencionados por Cuervo y Fabo resultaron ser, como aclara Menéndez Pidal, de origen impreso; fragmentos de romances de ciego que seguramente llegarían a América impresos en pliegos de cordel⁷.

En contraste con el aparente desinterés por esos romances en la tradición americana, los temas pertenecientes al romancero carolingio sí atrajeron su atención; aún en la actualidad, romances de tema carolingio se cantan y componen en países en los que hay una fuerte tradición oral como es el caso de Brasil. El caso más señalado de popularidad en América corresponde, indudablemente, a Carlomagno y sus Pares, siendo el punto de partida de la tradición la *Historia del Emperador Carlomagno... y ... de los Doce Pares de Francia*. Traducida por Nicolás Piamonte (publicada en 1521 en Sevilla), se hicieron ediciones americanas inclusive en los siglos XIX y XX: Santiago de Chile, 1890 y México, 1957 (edición que se vendía en

⁷ R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, págs. 48-49.

1961 en Bogotá)⁸. Junto con la versión portuguesa, *Historia do Imperador Carlos Magno*, de Jerônimo Moreira de Carvalho, publicada en dos partes: 1728-1737, la *Historia del Emperador Carlomagno*, una obra que iba a contracorriente de las modas literarias cultas del momento, da lugar a innumerables refundiciones americanas, cultas y populares, que se reproducen en librillos, pliegos sueltos y hojas volantes para su venta sobre todo en ferias y fiestas populares⁹.

Mientras que en el período colonial el tema de la lucha entre el rey cristiano y el infiel no ofrecía problema alguno a los intereses coloniales de España y Portugal, lo que seguramente facilitó la importación de impresos con esos temas a sus posesiones, la sencillez del mensaje de lucha entre el bien y el mal, recreada a través de diferentes episodios de la «historia» del Emperador y sus Pares, ha podido continuar atrayendo la atención de los consumidores (algunos de ellos re-creadores) de la literatura tradicional, lo mismo en Puerto Rico, Cuba, Venezuela y Brasil, que en México, Panamá, Colombia y Chile¹⁰.

En razón de que la difusión de la tradición carolingia americana se da lo mismo por vía impresa que por vía oral, esta adopta muy diversos matices que van desde el tratamiento estilizado y poco tradicional, hasta una vigorosa tradición oral.

Como modelo de la tradición que muestra señales muy evidentes de su relación con la literatura culta, cito una versión cubana del romance estrófico de *Roncesvalles*, que se inspira en el romance de *Guarinos*, sumamente difundido en pliegos sueltos y cancioneros del siglo XVI, del que toma los versos: «Mala la hubisteis, franceses / en esa de Roncesvalles».

⁸ Vid. en el ya citado libro de L. Irving los registros que aparecen en las páginas 166-228-229-329-330. Debemos a Rudolph Lenz la noticia de la edición chilena: «Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile» en *AUCh*, 144, 1919, págs. 537-541 y 591-593.

⁹ En un viaje reciente a Aracaju, Brasil, tuve oportunidad de comprar un librillo de cordel con un «Espectacular romance de guerras pavorosas...», compuesto por Severino Borges da Silva: *O Guerreiro Bernardo de Cárpio. Exímio vencedor dos doze pares de França*. Recife. 1996.

¹⁰ En su estudio «Charlemagne in America: Formation and Transmission» en *El Romancero Hoy; Nuevas Fronteras*. 2.º Coloquio Internacional. University of California, Davis. Madrid. Gredos. 1979, Stanley Robe señala la difusión en casi todos los países de América Latina de romances sobre Carlomagno. Vid. además: Jerusa Pires Ferreira, «Um rei a resmas: Carlos Magno e a América» en *Euro-América: Uma realidade comum?*, Rio de Janeiro, Comissão Nacional de Folclore / IBECC / UNESCO, 1996, págs. 133-152.

Esta variante cubana tiene además algunos elementos no ajenos al lenguaje tradicional, tales como los versos «como espigas se troncharon / cuando silba el huracán», pero ni la métrica, ni la sintaxis, ni la forma de estructurar y presentar el relato son propios del romancero tradicional. A pesar de haber sido recogido de la tradición oral, seguramente fue memorizado de alguna hoja suelta o librito de cordel, y representa una forma de pervivencia —desvirtuada, si se quiere— del romancero tradicional¹¹:

- 1 — Cuéntame una historia, abuela.
 — Siglos ha que con gran saña,
 por esa negra montaña
 asomó un emperador.
 Era francés y el vestido
 formaba un hermoso juego;
 capa de color de fuego
 y plumas de azul color.
 — ¿Y qué pedía?
 — La corona de Aragón.
 — ¿Y se la dieron?
 — Bernardo el del Carpio un día,
 con la gente que traía,
 «Ve por ella», le gritó.

*De entonces suena en los valles,
 y dicen los montañeses:
 «¡Mala la hubisteis, franceses,
 en esa de Roncesvalles!».*

- 2 — ¿Se acabó la historia, abuela?
 Allí con fiera arrogancia
 los doce pares de Francia
 también estaban, también.

¹¹ Versión recordada por Leonardo Sorzano Jorrín, recogida en La Habana, Cuba, en 1930 por Aurelio M. Espinosa de una informante analfabeta que la había aprendido de su abuela, muerta hacía muchos años. Publicada en «El tema de Roncesvalles y Bernardo del Carpio en la poesía popular de Cuba» en *Archivos del folklore cubano*, 5, La Habana, julio-septiembre, 1930, págs. 195-197. Reed. Beatriz Mariscal. *Romancero general de Cuba*. México. El Colegio de México. 1996, págs. 243.245. Una versión emparentada procedente de la tradición oral mexicana fue recogida por Vicente T. Mendoza de boca de un indio texcocano que la cantaba y bailaba. Vid. *El romance español y el corrido mexicano. Estudio comparativo*. México. UNAM. 1939, pág. 412.

Eran altos como cedros,
valientes como leones,
cabalgaban en bridones,
águilas en el correr.
— Abuela, sigue contando.
— Salió el mozo leonés,
Bernardo salió luchando,
uno a uno les fue matando,
y hubiera matado a cien.

*De entonces suena en los valles,
y dicen los montañeses:
«¡Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!».*

- 3 — Me gusta la historia, abuela.
— ¡Con qué ejército, Dios mío,
de tan gran poderío
llegó Carlo Magno acá!
¡Cuántos soldados! No tiene
más gotas un arroyuelo,
ni más estrellas el cielo,
ni más arenas la mar.
— ¿Y qué, triunfaron?
— Dios no les quiso ayudar,
el alma les arrancaron;
como espigas se troncharon
cuando silva el huracán.

*De entonces suena en los valles,
y dicen los montañeses:
«¡Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!».*

- 4 — ¡Qué triste es la historia, abuela!
— Díz que dice un viejo archivo
que no quedó un francés vivo
después de la horrenda lid.
Y así debió ser, pues vieron
al sol de estos horizontes
muchos huesos en los montes.
— ¡Qué gran batalla!
— No fue menos el botín:
banderas, cotas de malla,

y riquezas y vitualla
se recogieron sin fin.

*De entonces suena en los valles,
y dicen los montañeses:
«¡Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!».*

- 5 — ¿Y el emperador, abuela?
— Huyó sin un hombre, luego,
la capa color de fuego,
rota y sin plumaje azul.
Bernardo el del Carpio torna
a Castilla tras la guerra,
y al poner el pie en su tierra
le aclama la multitud.
¡Qué de alegrías!
— En verlas gozarás tú.
— Hubo fiestas muchos días,
tamboriles, chirimías,
y canciones a Jesús.

*De entonces suena en los valles,
y dicen los montañeses:
«¡Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!»¹².*

A fin de contrastar este tipo de tradición que toma de otros géneros populares y cultos elementos para crear un producto híbrido atractivo para sus destinatarios, con otros que, a pesar de partir de una tradición impresa, se asemejan más a la tradición oral peninsular, cito una versión, recogida de la tradición oral de Chile, del romance de origen juglaresco, *El conde Alarcos*, que seguramente, proviene de un pliego suelto:

Retirada esta la Infanta, que no está como solía,
porque el rey no la casaba, ni tal cuidado tenía.
Atinó a llamar al rey, como otras veces solía;
vino el rey a su llamada, a ver pa que lo quería.
— ¿Qué tienes, hija, le dice, qué tiene la vida mía?
Dame cuenta de tu enojo, no tengas melancolía,

¹² Muy similar a esta versión es una recogida en septiembre de 1979 en Guímara, La Fornela, por un equipo de investigadores del Seminario Menéndez Pidal.

que en sabiendo yo la causa, todo se remediaría.
 — Menester será, señor, remedio del alma mía.
 A vos quedé encomendada de la madre que tenía;
 y déme estado, señor, porque mi edad lo pedía¹³.

Finalmente cito una versión recogida en 1974 de la tradición oral brasileña, del romance de *Dom Carlos de Montevalbar*, un romance muy difundido en Brasil adonde se conoce también por el nombre de *Claralinda*:

— Caçador, meu caçador meu caçadorzinho leal,
 brinquedo que viu aqui a papai nao vá contar,
 da princesa Claralinda e Dao Carlos de Amaral.
 Dou-te prata, dou-te ouro, que tu nao pode carregar,
 pra o brinquedo que viu aqui ao meu pai nao ir contar.
 — Eu nao quero os teus ouros, que tu nao é de me dar,
 o brinquedo que aqui vi a senhor reis eu vou contar.
 — Caçador, meu caçador, meu caçadorzinho leal,
 uma banda do tesouro do meu pai toda ela eu vou te dar
 pra o brinquedo que viu aqui ao reis nao ir contar.
 — Eu nao quero teu tesouro que tu nao é de me dar,
 o brinquedo que vi aqui a senhor reis eu vou contar.
 — Deus o salve, ó reis meu, na sua corte real,
 fuxico de Claralinda, Senhor reis, eu vim contar:
 eu vi ela conversando com Dao Carlos de Amaral,
 de beijos e abraços muitos vi nela ele dar,
 da cintura para baixo
 a conversa é muito feia, minha boca vai se calar.
 — Tu contasse a mim sozinho muita coisa ia ganhar,
 como contou no mei-de-gente a morte eu te mando dar.
 — Valei-me os anjos do céu e a princesa Claralinda:
 Princesa Claralinda, minha vida vem me dar!
 — Tu nao fosse um mentiroso, a morte eu te mando dar.
 — Meus doze conselheiros, que conselhos vós me dá:
 se eu mato Claralinda ou Dao Carlos de Amaral?
 — Si tivesse tres e quatro Claralinda fosse matar,
 mas como tem uma só eu acho bom é casar¹⁴.

¹³ Versión de Illapel, Chile, publicada por R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, pág. 28.

¹⁴ Versión de Aracaju. recitada por D. Ma. Dos Anjos-Malhador, el21 de octubre de 1974, publicada por Jackson da Silva Lima. *O Folclore em Sergipe*. Rio de Janeiro. Livraria Editora Cátedra. 1977, págs. 160-162.

Otro tipo de interrelación entre la literatura tradicional y la letrada, que ha tenido gran aceptación en la tradición americana, consiste en la incorporación a romances tradicionales de motivos lírico-narrativos. Tal es el caso del motivo de origen trovadoresco «no me entierren en sagrado» que aparece incorporado lo mismo a romances que a corridos tradicionales americanos. En México, por ejemplo, aparece incorporado a los romances de *Mina el desesperado*, y *Don Gato*, al igual que a los corridos de *El hijo desobediente*, *El caballito*, *El corrido de Isabel* y *El casamiento del cuiltacoche*.

Cito una versión cubana del romance de *Mina el desesperado*, un romance sumamente difundido en América, a modo de ejemplo:

Quando Mina se embarcó eran las tres de la tarde;
se despidió de su madre con dolor de corazón.
Mina le dijo al caballo: — Sácame de este arenal,
que me vienen persiguiendo por la tierra y por el mar.
Yo he visto una matancera sentada en un arenal
y yo la llamo, la llamo, y ella no quiere bajar.
Ella sola se divierte con flores de otro jardín
y yo la llamo y la llamo, y ella no quiere venir.
Arrea, caballo blanco, sácame de este arenal,
que me vienen persiguiendo por la tierra y por el mar.
Y, si acaso me muriese, no me entierren en sagrado,
entiérrenme en campo verde donde paca mi ganado
y a mi cabecera pongan un lebrero colorado
que diga con letras de oro: «Aquí yace un desgraciado,
no ha muerto de pulmonía ni de dolor de costado,
ha muerto de mal de amor que es un mal desesperado»¹⁵.

Romances «noticieros», de creación reciente, han corrido con mayor suerte en el ambiente americano que en el peninsular. Ejemplo de ellos es el romance de *La muerte de Prim*, compuesto seguramente a raíz del asesinato del General Prim, en 1870. Se trata de un romance poliasonantado, no octosílabo, más cercano al corrido que al romance. Transcribo a continuación una versión de Sagua la Grande, Cuba:

¹⁵ Versión sin lugar recogida por Sofía Córdova de Fernández y publicada en «El folklore del niño cubano» en *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, Universidad de la Habana, enero-junio 1925, págs. 150-151. Reed. B. Mariscal, *op. cit.*, pág. 208.

- Al bajar del palacio le dijeron a Prim:
 — Baje usted con cuidado que lo quieren herir.
 — Si me quieren herir que me dejen hablar,
 para entregar la espada al cuartel general.
 — Por la calle del Turco, allí mataron a Prim,
 sentadito en su coche con la guardia civil.
 Cuatro tiros le dieron a boca de cañón.
 — ¿Quién sería el infame, quién sería el traidor?
 ¿Quién sería el rebelde que a mi padre mató?
 Y aunque soy chiquitico y no tengo la edad,
 la muerte de mi padre, madre, la he de vengar¹⁶.

El interés por la literatura tradicional que se da en Europa a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, que surge sobre todo de investigaciones folclóricas¹⁷, tuvo repercusiones importantes en la España del XIX, en razón del interés de los románticos por el pasado histórico o legendario y por la *simplicidad inocente* del pueblo. Al igual que Góngora, que dos siglos antes había volcado a patrones barrocos el romancero morisco, último eslabón del romancero tradicional, en el que confluían diversas corrientes de la lírica amorosa del siglo XVI tales como el amor cortés, la poesía cancioneril, el petrarquismo y el neoplatonismo, los románticos buscarán inspiración poética y temática en los romances moriscos.

El nuevo romancero morisco llegó también a América e influyó en su producción literaria. Poetas de todo el continente se avocaron a la tarea de escribir romances moriscos; pero, en contraste con los romances de períodos anteriores, este nuevo romancero no llegó a integrarse a la cultura oral, aunque sí inspiró en la Cuba independentista, como una forma de rechazo a los modelos literarios venidos de España [¡curiosa forma de rechazo a las modas literarias venidas de España!], un romancero de vocación nacionalista, que cantaba las bondades de la tierra cubana, así como las aventuras

¹⁶ Versión recogida por Ana María Arissó y publicada en *Estudio del folklore Sagüero*. Instituto de Sagua la Grande. 1940, pág. 59. Reed. en B. Mariscal, *op.cit.*, pág. 231.

¹⁷ En esta época se publican importantes colecciones de romances y baladas antiguas. Basten como ejemplo: *Reliques of Ancient English Poetry* de Thomas Percy (1765), *Minstrels of the Scottish Border* (1802) de Sir Walter Scott o el *Romancero* de Heirich Heine, además de los trabajos de Goethe y Schiller, por nombrar sólo a algunos de los más conocidos. La balada llegaría a constituir una de las formas poéticas más definitorias del romanticismo europeo. Vid. *Le romanticisme dans la littérature européenne*. 2.^a ed. Paris. Albin Michel. 1969, pág. 386.

reales y apócrifas de personajes populares, pero que, a pesar de su afán popularizante, no logró incorporarse a la tradición oral¹⁸.

Mi propuesta sobre la importancia de la relación entre las tradiciones letradas y las populares en el romancero americano, no implica que considere a la tradición americana como un mero conglomerado de textos impresos memorizados, ya que también están ampliamente representados en ella otros tipos de romances tradicionales, sobre todo aquellos que sirven para comentar problemas de carácter social, tales como el incesto (*Delgadina*, *Blancaflor y Filomena*), el adulterio (*Bernal Francés*), o la ausencia prolongada del marido (*Las señas del marido*).

Cito una versión del romance de *Las señas del marido*, recogida de la tradición oral de México, que muestra la influencia del ámbito cultural en el que vive, como ejemplo de la muy amplia representación que tiene el tema en Américas¹⁹:

- Oiga usted, señor soldado, que viste traje café,
¿no oyó hablar de mi marido por la guerra alguna vez?
- En la guerra hay tantos hombres que es difícil conocer,
pero si me da una seña tal vez le cuente algo de él.
- Mi marido es un buen hombre, muy gentil y muy cortés,
monta un caballo alazano más ligero que uno inglés;
en el machete que cuelga del arción, se puede leer
un relato en cuatro versos que lo pinta tal cual es:
«Si esta víbora te pica te queda la comezón,
no hallarás en la botica ni doctor ni curación».
- Por las señas que me ha dado su marido muerto es
y en el testamento que hizo esto le dijo a un francés:
«Yo dejo una viuda joven, más joven que una doncella,
el soldado que la encuentre puede casarse con ella.»
- Eso sí que no lo haría, eso sí que no lo haré,
¡ay!, diez años lo he esperado, otros más lo esperaré,
si en este tiempo no viene de monja terminaré,
porque una viuda es muy fácil que dé su brazo a torcer²⁰.

¹⁸ En el «Prólogo» al *Romancero cubano del siglo XIX*, Samuel Feijóo califica la producción de romances nacionalistas de la segunda mitad del siglo XIX como «movimiento en rebeldía contra la retórica general de España, la sanguinaria metrópolis». La Habana. Editorial Arte y Literatura. 1977, pág. 7.

¹⁹ Versión de Coyuca de Catalán, Guerrero, publicada en el *Romancero tradicional de México* por Mercedes Díaz Roig y Aurelio González. México. UNAM. 1986, pág. 26.

²⁰ Versión de Tabasco, México. *Ibid.*, pág. 109.

A pesar de que es imposible aplicar de manera rigurosa a la tradición romancística americana los criterios funcionales, modales y de transmisión que Diego Catalán considera esenciales para establecer los límites del género²¹, quiero insistir en que si bien hay una preferencia en América por la memorización de romances impresos, muchos de ellos de origen letrado, tanto estos, como los que pueden haber surgido de la más pura tradición oral, viven «almacenados» en la memoria de los americanos que los recuerdan y los han incorporado a la cadena de transmisión oral, por lo que, por lo general, no constituyen ya modelos cerrados, como es el caso de otros tipos de textos pertenecientes a la literatura letrada, sino abiertos; viven en variantes que mantienen una relación generativa con su modelo. Son, unos más unos menos, literatura tradicional.

De hecho, la tradición romancística americana no se comporta, en este sentido, de forma muy diferente a los compiladores de romances de los siglos XVI y XVII, cuando los romances viejos procedentes de la épica española y francesa fueron acogidos por la imprenta y publicados junto con romances noticiosos y fronterizos, con romances juglarescos de tema carolingio o histórico-novelesco, con romances procedentes de la baladística pan-europea, con aquellos de origen erudito elaborados por poetas que los imitaban de forma anónima, y con romances escritos por poetas conocidos como Juan de la Cueva, Lucas Rodríguez y Gabriel Laso de la Vega²². Tampoco difiere de esa afición por el romancero tradicional que llevó a Lope de la Vega, Góngora y Quevedo a componer romances de corte erudito, al mismo Lope a incorporarlos en su teatro, y a Cervantes a utilizarlos tan ampliamente en su novelística.

A este respecto, vale la pena citar *in extenso* las palabras del coleccionista y estudioso brasileño Jackson da Silva Lima, al referirse a la dificultad de segregar los temas romancísticos brasileños en razón de su origen o su forma, ya que para los portadores de la tradición se trata, nos dice, simplemente de «estórias cantadas»:

...torna-se difícil o diagnóstico de um romance quanto à sua origem, se genuinamente nacional, ibérico ou decalcado em modelos alienígenas, como também não é fácil a distinção entre uma peça

²¹ Vid. Diego Catalán. *Arte poética del romancero oral. Parte 1a. Los textos abiertos de creación colectiva*. Madrid. Siglo XXI de España Editores. 1997, págs. Xxvi-xxxii.

²² *Ibid.*, págs. ix-x.

lírca do romanceiro e outra do cancionero popular, nem tão pouco, de per si, discriminá-los e distingui-los dos chamados dramas (representações elementares), das parlandas e jogos infantis, ou de tantas outras modalidades poéticas, mesmo porque coexistem todos esses gêneros na tradição oral, não se preocupando o povo em defini-los e classificá-los²³.

La compenetración del Romancero tradicional con la literatura culta necesariamente ha modificado tanto la definición formal como funcional del romancero, pero, si bien este fenómeno ha podido ser causa de su decadencia, a pesar de haberlo puesto en jaque, al igual que lo hizo la imprenta en el siglo XVI, también ha favorecido su supervivencia.

²³ J. da Silva Lima, *op. cit.*, pág. 24.